

AQUÍ

Vainilla de sol tamizado entre mi pelo se enreda
Esta mañana tan clara en la que salgo a tu encuentro.
Y a todos despacho rápido como apartando maleza
Para encontrar la amapola de tu más dulce recuerdo.
Ya voy sobre mi soledad anhelada, cerca ya de tu vereda.
Me la he pasado de largo y dentro de mí algo grita:
¿Dónde vas con tanta prisa?
Doy marcha atrás, retrocedo y,
Emerjo de entre las voces de radio que distraían mi anhelo
Para aterrizar enhiesta sobre tu alma de hierba.
Sí, aquí estás, padre, aquí donde el agua se ríe según la acequia del
bosque,
Aquí donde la tierra labrada me dice que no la pise,
Cual sabana de antiguo lino...
Y voy a cortarte flores
Por pensar que hoy hice algo productivo según me pesa tu marcha.
Apiño margaritas en mi mano izquierda,
Mientras las corta mi diestra,
Pidiéndole a cada una que
Me perdonen el crimen de una prematura ruina;

Les argumento apurada que,
Quien las plantó las llama para morir a sus plantas
El día que desde hace un año dejara de visitarlas.
Y ellas, generosas y bien educadas, como el dueño de sus ramas,
Sonríen desde su grácil corola de perfecta simetría.
Andando de a poquito he llegado hasta la parra que
Esta tarde huele a rosas.
¿Cómo es posible tal cosa? Me pregunto consternada.
Aparto los gigantes pámpanos
Que sin duda pintarías en uno de tus gráciles cuadros,
Y descubro detrás de tan imposible lienzo
Un parterre escondido el cual
Lanza su fino aroma según granates silvestres,
¡Dios mío cuánta belleza!
Es lo único que exclamo cuando mis ojos me chivan
De dónde arranca el aroma que engañaba a mi nariz:
Mil rosas color carmesí tiemblan ante mi llegada.
Y hacen bien,
Pues me vuelvo loca de gozo segando sus altos tallos;
Me aturullo pensado si ya llevaré dos docenas
Para repartirlas honrado entre tu casa y la de ella.
Cuando acopio excelso ramo,

Paso a desarmarlas, una por una, de sus herbáceos blasones.

Arranco con sumo cuidado cada una de sus púas.

Pero por más que le pongo empeño,

No consigo evitar el destino de su esencia: me pincho.

Y con el dolor se me clava más profundo

La evidencia de que ya no perteneces a este paisaje,

Que quizá constituya lo único que fue verdaderamente tuyo:

Un pedacito de huerta que no suma dos celemines en la vega de tu

tierra...

La evidencia del Vacío consigue succionar al manantial que

Bordeaba un gran nudo en mi garganta,

Provocando una riada de incontrolable potencia.

Aguas saladas corriendo van desbocadas

Desde mis ojos a mi boca.

Aguas que hoy al despertar me juré y perjuré que

No iba a dejar verter,

Pero, ya ves...es inútil hacer planes respecto del sentimiento.

Susurran las ramas de olivo que levante la cabeza,

Que seque mi cara de adulta y

La convierta en aquella que traía hace un rato

Cuando saltaba la acequia en busca de un ramo fresco.

Asiento, les hago caso,

Me sueno los mocos alto y
Con el pañuelo guardo mis inminentes cuarenta,
Dejando tan solo quince los cuales
consiento que acompañen a la inconsciencia de sonreírle a la tierra,
Testigo de tu no presencia...
Y juego conmigo misma e imagino que sí estás,
Agazapado, cavando algún caballón que a ti te salía torcido
(Nunca fuiste agricultor),
Y que de un momento a otro levantarás la cabeza empapada de sudor;
Que te limpiaras en la manga del jersey descolorido que
Constituyó tu hábito de labrador...
y me enseñaras orgulloso, unas patatas raquílicas, o lechugas
verdiblancas o retorcidas acelgas que
Consiguieron el milagro de sentirte un hortelano...
Sonrío, ya no lloro.
Guardo la navaja que me regalaste,
Cuando yo la rechazaba vestida color ignorante:
Papá, ¿para qué quiero yo un cuchillo de bolsillo?
La estreno en el aniversario de tu primer año de muerto
Y te digo en voz alta:
Para esto, para cortar doce rosas
Invocando el milagro de que quizá soy capaz de hacerte hoy un regalo,

Sesgando coronados palos los cuales,
Hasta ahora reinaban en los vientos de tu rambla.

Y ya estoy en el cementerio.

Llevo doce muertes a tu muerte.

Quito los hierbajos no demasiado secos que
Corresponde al irrefutable hecho de que hace poco vinimos.

Cambio el agua corrupta por una limpia y,

Con un pañuelo nuevo,

Adecento la entrada de ésta tu nueva casa,

La cual ella quiso con fachada sólo blanca

En la que reluce tu nombre claro y limpio, sin más nada,

Copia de lo fue tu persona.

Dos fechas flanquean tu sujeto y predicado,

Cincelados en mayúsculas, en el centro de la tapa que,

Si se restan, te ponen en la boca un casi sesenta y nueve...y un suspiro.

Pero esta entrada no tiene ni cerradura, ni llave...

Me dice mi inocencia mientras, decepcionada, huye ya despavorida.

Y se me congela el alma ante el frustrante recuerdo

De tu entrada en esta negra caverna disfrazada de morada...

Pienso si quizá ahora debiera de rezar algo.

¿No eso lo que se hace?

Y busco entre lo que no uso,
Algo más que el padre nuestro

Con nefastos resultados.

Mientras pongo patas arriba mis exangües oraciones,
Perdidas entre las cuatro esquinitas de una cama infantil,
Concluyo que no es aquí donde debió quedar algo de tu esencia de
persona.

Y corro de nuevo al campo,

Sollozándole a las rosas que

Me perdonen el daño de

Haber estrenado mi navaja para nada,

Provocándoles en Abril un invierno inesperado;

Que me hube percatado que sólo llevé más muerte

Donde ya nadie respira, nadie huele...

Y ellas, elegantes desde su silencio hablante,

Me contestan que no sufra, que mire, que palpe, que inhale,

Que hoy hace ya un año que estás tú entre sus tallos

Y de que mucho se alegran que

Por fin haya entendido dónde debo visitarte.

Ya me voy, papá, hasta otro día.

No olvides darle a tu madre las más lindas que cortarte

Y otras tantas margaritas,

Recojo de entre la brisa que alborota mi cabello,
Recordándome a un tiempo que,
Todos mis extremos son tuyos: los pies, las manos, mi pelo...
Y otros tantos que aquilato como mi verdadera herencia.
Subo al coche, el cual me aguarda como fiel paje,
En la vereda del río.
Me giro para cerciorarme del sitio donde quiero que perdures.
Hasta otro día, cariño, ya sabes dónde encontrarme,
Me dices justo al oído de la mente de esta loca,
La cual ahora te cree rosa
Desde que, hace hoy un año,
La artimaña de la muerte me dejó para siempre coja.

Para mi padre y sus rosas en su primer cumpleaños de muerto. 19/04/06